

De vez en cuando oigo a la gente decir, «Lo que necesitamos en nuestro mundo hoy día son profetas, hombres que no tienen miedo de decirle a las personas que son pecadores, hombres que le dirían a las personas que cantan como los ángeles y viven como el diablo». De hecho, el domingo pasado después de la misa a las cinco, un hombre me detuvo y, levantando una copia de la homilía del Padre Jim Secora, nuestro párroco, comenzó a decir, «¿Cuándo vamos a dejar diciendo que amamos a todos y empezamos a decirle a las personas que dejen de pecar?»

Al parecer estas personas creen que un profeta es una persona, generalmente considerado como un predicador, que denuncia a la gente como pecadores, o al menos denuncia pecados. Otra opinión que es común, especialmente entre Cristianos Evangélicos, es que los profetas pronostican el futuro. Ninguno de estos significados es el significado en la Biblia. Aunque un profeta puede llamar a la gente al arrepentimiento y puede advertir o prometer algo en el futuro, la palabra *profeta* como se usa en la Biblia significa «una persona que habla por Dios». Como uno de mis profesores solía decir, «Los profetas no son aquellos que le dicen a la gente el futuro sino aquellos que dan un mensaje, en la Biblia, un mensaje de Dios. El libro de Deuteronomio nos da esta definición: Dios le dice a Moisés, «Yo haré que se levante de en medio de sus hermanos un profeta, lo mismo que hice contigo. Yo pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo mande» (Deuteronomio 18:18).

Estoy de acuerdo que sí necesitamos a profetas. Pensemos en las palabras de los profetas en las lecturas de hoy. Ezequiel, el profeta en nuestra primera lectura, vivía durante el siglo seis A.C. cuando los judíos fueron tomados en cautividad por los babilonios. Le predicó a los judíos por aproximadamente treinta años, en primer lugar, advirtiéndoles de las consecuencias de su rechazo a regresar a Dios y, luego, dándoles los mensajes de la esperanza. Él denunció pecado, pero también proclamó las buenas noticias. A pesar de su rechazo de Dios, a pesar de su maltrato de él, Ezequiel persistió en la predicación de la palabra de Dios a su gente. Uno de sus mensajes de esperanza se usa con frecuencia como una de las lecturas durante el bautismo de nuestro hijos:

Los rociaré con un agua pura y quedarán purificados;  
los purificaré de todas sus impurezas y de todos sus inmundos ídolos.  
Les daré un corazón nuevo y pondré dentro de ustedes un espíritu nuevo.  
Quitaré de su carne ese corazón de piedra y les daré un corazón de carne.  
Pondré dentro de ustedes mi Espíritu y haré que caminen según mis mandamientos,  
que observen mis leyes y que las pongan en práctica.  
Vivirán en el país que le di a sus padres,  
ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios (Ezequiel 36:25-28).

En el Evangelio de hoy Jesús regresó a el pueblo donde creció por primera vez desde que comenzó su ministerio público. Había sido bautizado por Juan en el Jordán, había sido tentado por Satanás en el desierto, había reunido a algunos seguidores—Pedro, Andrés, Santiago, y Juan—y había comenzado su ministerio de predicación, curación, y enseñanza. Las muchedumbres grandes habían comenzado a seguirlo. Ustedes pueden recordar que el domingo pasado oímos la historia de su curación de la mujer «que padecía flujo de sangre» y resucitando de entre los muertos a la hija del jefe de la sinagoga. ¿Recuerden lo que dijo en la lectura del Evangelio sobre su curación? «Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad».

Ahora cuando Jesús llegó a su pueblo, su reputación como un profeta llegó antes de él, y la reacción de la gente era muy diferente. Observen lo que le pasó al poder de Jesús en su pueblo. Su falta de fe tan limitó lo que podría hacer que el Evangelio nos dice, «. . . no pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó a algunos enfermos imponiéndoles las manos». Observen otra vez lo que Jesús le dijo a la mujer «que padecía flujo de sangre». No le dijo que estás curada; no dijo que te he curado; sino que «. . . tu fe te ha curado». Jesús ofrece la fe; él ofrece la curación; él ofrece su amor, pero él nunca impone la fe o la curación o su amor sobre una persona. Jesús da regalos, pero no impone regalos. Somos libres para aceptar o rechazar.

En nuestro bautismo nos dedicamos a Dios. Somos bendecidos con agua vertida sobre nosotros para que nos limpie; nos dieron un nuevo corazón y un nuevo espíritu. Cuando nos estaban ungiendo, el sacerdote o el diácono dijo estas palabras:

Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que te ha liberado del pecado y dado nueva vida por el agua y el Espíritu Santo te consagre con el crisma de la salvación para que entres a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey.

Estoy de acuerdo con quienes dicen que necesitamos a profetas entre nosotros hoy. Gracias a Dios tenemos un profeta entre nosotros en la persona de nuestro Santo Padre, Papa Francisco. Pero nosotros también somos profetas, hechos profetas por nuestro bautismo. Todos nosotros escuchamos de nuevo las palabras. Todos nosotros admiramos a Jesús. Continuamos llamar en él, especialmente en los tiempos de necesidad. Pero ¿cuántos de nosotros amamos a otros, servimos a otros, y vivimos como él. Continuamos a pedir el bautismo, pero ¿cuántos pedimos convertirnos en Jesús? No es suficiente admirarlo y clamar a él en nuestra necesidad. Necesitamos la fe que permitirá a él hacer milagros dentro de nosotros y entre nosotros. Tenemos que ser transformados en el Profeta Jesús. Ofrézcanse a sí mismos; ofrezcan su fuerza. Que nosotros tengamos el valor y la fe para aceptar este gran regalo.